

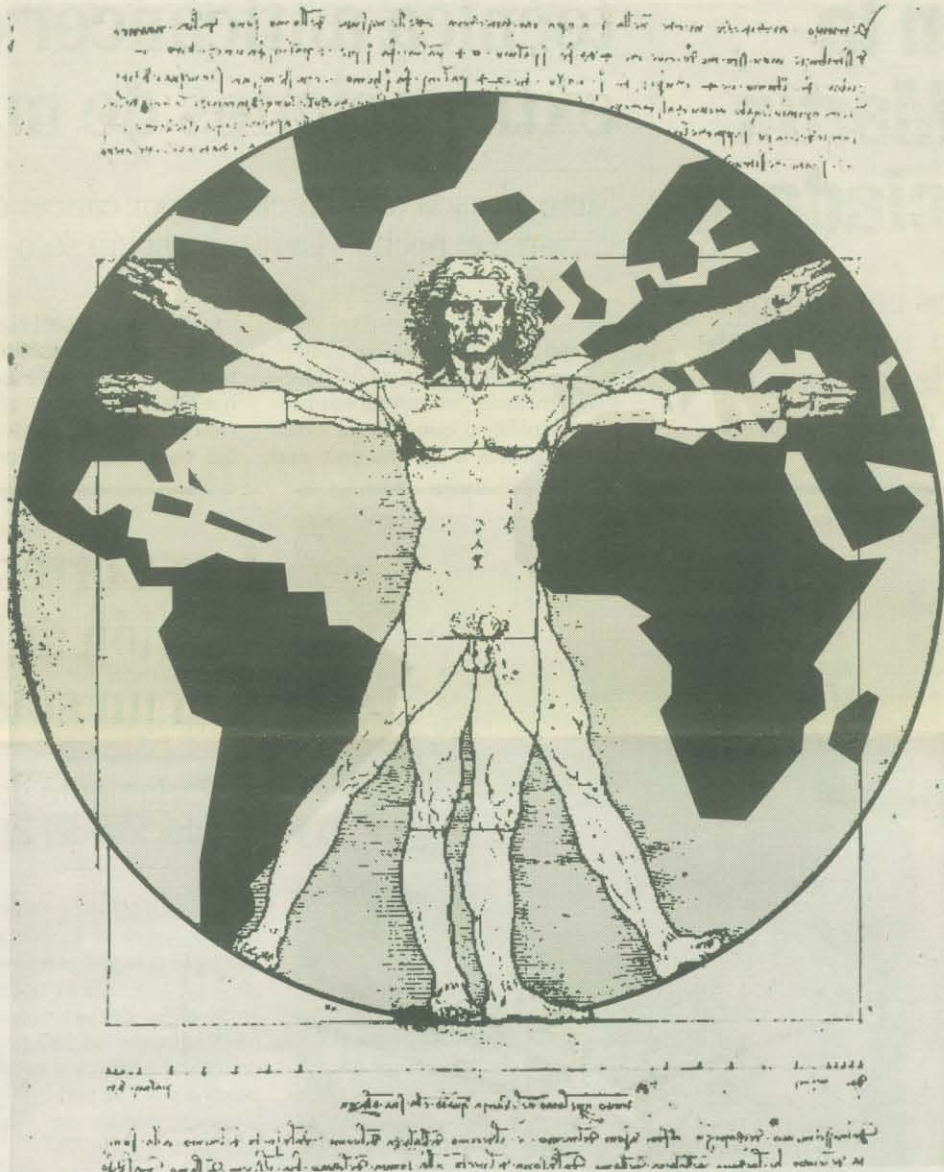
## TRIBUNA LIBRE

# Prudencia

EMILIO ROGER CIURANA

«Cuando uno no sabe conducirse entre la diversidad acaba intentando destruirla»

Hace Los libros y artículos del profesor Samuel P. Huntington siempre son interesantes, nunca dejan indiferente a quien se acerca a ellos. La mayoría de las veces suelen provocar reacciones fuertes a favor o en contra de las ideas que defiende y, en unos tiempos en los que los discursos intelectuales vienen cargados de jergas farragosas, de dobles sentidos, etc, Huntington escribe claro. Sin duda esa es una virtud entre tanto barroquismo y tanta literatura filosófica y política que esconde, en muchos autores, gran incompetencia, carencia de ideas y mucho brindis al sol. Con Huntington me pasa lo mismo que cuando leo a G. Sartori, se puede o no estar de acuerdo con él, yo mismo muchísimas veces no estoy de acuerdo con él, pero se trata de autores directos, exponen la idea de forma clara. Es precisamente porque me parece claro el discurso de Huntington por lo que me atrevo a afirmar que el profesor Huntington es muy imprudente. Evitemos el descalificar o catalogar a un autor porque creamos que tiene tal o cual ideología, todos tenemos nuestra ideología. Por ideología no entiendo nada peyorativo, una ideología es un sistema de ideas (en principio ni buenas ni malas). De lo que se trata es de discutir ideas expuestas, en este caso, por escrito. ¿Por qué digo que el profesor Huntington es imprudente en sus afirmaciones? Para ello voy a recordar unas palabras que escribió Octavio Paz en una obra titulada *Tiempo Nublado*. En esta obra decía Paz que a los Estados Unidos, en los últimos años «no les ha faltado poder sino sabiduría», acto seguido escribía lo siguiente: «al pueblo norteamericano y a sus dirigentes les falta ese sexto sentido que han tenido casi todas las grandes naciones: la prudencia», que desde Aristóteles designa la mayor virtud política. Citando a Castoriadis, Paz decía que la prudencia es la facultad de orientarse en la historia. Bien, volvamos a Huntington, que este autor es poco lúcido a la hora de comprender aquello que excede a las fronteras de los Estados Unidos (por lo demás la política exterior norteamericana siempre adolece de miopía) se constata cuando llama «choque de civilizaciones» a lo que más bien es un choque de barbaries, un choque de mutuas ignorancias, un choque de cegueras y no viene al caso decir si estamos más lúcidos o más ciegos los «ilustrados occidentales» o los «fanáticos y fundamentalistas islámicos» (con todo lo que comporta el desconocimiento de la complejidad del Islam, y por qué no decirlo, el desconocimiento de nuestras propias culturas). Digo que no viene al caso porque mal haremos en partir de que la verdad es una y esa verdad es la nuestra. Palabra traicionera la palabra «verdad» más aún cuando falta el sentido de la relatividad (no digo que todo es relativo, lo que quiero decir es que como en la película de Kurosawa titulada *Rashomon*, se pueden hacer muchas lecturas de un acontecimiento, y la fuerza de la razón no está tanto en tener razón cuanto en establecer diálogos abiertos, abiertos también a la posibilidad de reconocer el error). Cuando Huntington, al referirse a los hispanos y en especial a los mexicanos, dice entre otras cosas que forma parte de la cultura de estos el no poner mucho énfasis en la enseñanza habría que comenzar viendo qué se les trata de enseñar, qué se les pide, qué se borren su cultura y sueñen en inglés?, ¿piensa Huntington en las condiciones socioeconómicas en las que viven muchas de esas gentes?, ¿caso son más incapaces de aprender o llegar a ser Catedráticos en Harvard si se les presentan las mismas condiciones?. Si se trata de capacidad de asimilación o enculturación no conozco cultura más refractaria a esas capacidades que la judía, por ejemplo. Como no soy antinada ni tengo aversión por los judíos ni por cualquiera otras personas, porque lo que me interesan son los individuos, más que las naciones y mitologías de ese estilo, si veo que hay una diferencia: la capacidad económica de unos y de otros. El caso Bin Laden, por



otra parte, es muy ilustrativo para quien quiera entender. Quizás Huntington podría explicarnos donde se educó Bin Laden.

Hay una cosa que se llama «ecología de la acción», seguramente Huntington sabe que una cosa son las intenciones con las que un individuo emprende una acción y otra los resultados de esa acción y esa brecha de incertidumbre que se sitúa sobre el futuro de la acciones y sus intenciones es la que le rebota, como una pelota al lanzarla frente la pared. No sabe manejar la incertidumbre en este contexto planetario tan complejo y diverso (social, cultural, civilizacional). Frente a ese miedo al choque de civilizaciones, como dice Carlos Fuentes «cuándo han dejado de chocar las civilizaciones?, afortunadamente ya la pureza no existe. Frente a ese miedo, digo, al choque de civilizaciones lo que Huntington no prevé es que la miopía y la depreciación del otro (sea quien sea el otro) se paga a muy alto coste. Quizás y eso los padres de la sociología, Durkheim por ejemplo, ya lo sabían, haya que fabricar al enemigo para que un país se vea como comunidad. Bien, ya tienen los angloprotestantes estadounidenses (versión Huntington) las bases sobre las que cimentar su comunidad. En el fondo se trata siempre de «lo mismo», ya los griegos y los romanos se inventaron el espejo del bárbaro para emerger como civilización. Efectivamente se trata de un juego de espejos y el espejo en el que se miran los angloprotestantes a la Huntington lo tienen en América Latina y en el Islam: en ese espejo que ellos mismos fa-

brican y fomentan. No se si el profesor Huntington conoce los poemas de Kavafis, pero yo le recordaría esos versos que pronuncian el emperador y los senadores romanos que esperando la llegada de los bárbaros, viendo que no llegaban dicen: «¿Qué será de nosotros, ahora, sin bárbaros? Porque hay que reconocer que estos hombres resolvían un problema». Sin duda alguna, hay que crear bárbaros. Lo preocupante es la falta de reflexión sobre las condiciones educacionales y culturales que hacen que no veamos en Occidente más barbarie que la ajena.

Imprudencia e ignorancia es siempre el no mirar la existencia de los otros. Más aún cuando esa imprudencia e ignorancia se cargan de valores morales que fuera de su contexto son más que discutibles. Insisto, no se trata de relativismo, se trata del olvido (basado en un patriotismo muy simplificador) de la vieja idea del cosmopolitismo que no solo los estoicos sino también los cristianos (no confundir con los católicos, apostólicos y romanos actuales) defendieron hace muchos siglos. Y si hoy en día tenemos el gran reto a nivel planetario de hacer una labor ética a escala mundial creo que deberíamos comenzar educándonos en términos más parecidos a lo que significa la hibridación que en términos de exclusión y separación. Me alegra que el director general de la UNESCO, Koichiro Matsuura afirme lo siguiente: «es una paradoja extraña que, en un momento en que lo instantáneo se valora más que nunca, el surgimiento de las sociedades del conocimiento

no solo tienda a hacer que la educación para todos a lo largo de la vida sea un verdadero proyecto, sino que también apunte a prefigurar un nuevo dispositivo de valores duraderos que no serán reproducidos y recibidos exclusivamente, sino más bien creados y transmitidos». Las palabras «creación» y «transmisión» tratan de lo dinámico y evolutivo y nada tienen que ver con identidades estáticas, exclusivas, ancladas en metáforas que tratan de transmitir la idea de lo sólido cuando, por citar a Zygmunt Bauman, nuestra modernidad es una modernidad líquida, fluida y, por supuesto incierta. Y difícilmente conjurara Huntington la incertidumbre pretendiendo que todos soñemos en torno a un mismo credo y en una misma identidad si no parte de que la identidad se dice en plural y, al mismo tiempo, de forma compleja, la identidad es también una.

Tengamos mucho cuidado cuando usamos el término «religión». Cuando Huntington afirma que los americanos son uno de los pueblos más religiosos del mundo se refiere a los estadounidenses. En fin, ni los americanos son un pueblo ni América son los estadounidenses. Tengamos sentido del significado de las palabras porque depende del uso que se hace de ellas acaban significando una u otra cosa: América es más grande que los USA, decir esto es una cosa obvia, pero para Huntington (y para muchos políticos estadounidenses) lo americano no es América, es Estados Unidos y, cualquier manual de antropología sobre el tema le podrá mostrar a Huntington que la religión no es cosa secundaria en el continente. En el fondo a Huntington le ocurre como al discurso neoliberal en torno a la globalización, por ejemplo, se apropian del significado de la palabra y todo lo que la cuestiona es interpretado como algo contra la globalización, no ven en cambio que pueda existir otra globalización, la del reparto de la riqueza, por decir algo.

Para orientarse en la historia no basta solamente con ver, hay que saber ver. Aquí está quizás el gran problema: no saber manejar la complejidad de la diversidad. Cuando uno no sabe conducirse entre la diversidad acaba intentando destruirla, acaba llamando choque a lo que es un juego de complementariedades y antagonismos en un mismo espacio (el planeta Tierra). En ese tablero de complementariedades y antagonismos no es prudente pretender que todos sueñen, soñemos en inglés. Difícilmente se producirá el sueño de Huntington. Quizás el profesor Huntington haría bien soñando en un ser humano y en una humanidad en la que lo importante fuese la libertad, la igualdad y la fraternidad. Y no olvidemos que estos tres términos que acabo de escribir están relacionados de manera compleja, tomados por separado cada uno de los tres términos, como se suele decir en lenguaje de andar por casa, se dan cachetes el uno al otro.

Decía Octavio Paz: «la actitud moralizante, aparte de no ser siempre sincera -con frecuencia es una máscara- no nos ayuda a comprender la realidad ajena. Tampoco el empirismo ni el cinismo de la fuerza. La moral, en la esfera de la política, debe estar acompañada de otras virtudes. Entre ellas la central es la imaginación histórica. Fue la facultad de Vico y Maquiavelo, de Montesquieu y de Tocqueville. Esta facultad intelectual tiene una contrapartida en la sensibilidad: la simpatía por el otro y los otros». Quizás frente a «los desafíos de la identidad nacional estadounidense» haya que apoyarse más en la imaginación, en la apertura de miras y en el reconocimiento de la humanidad de lo humano. En ese sentido le pediría al profesor Huntington que sea más imaginativo y más prudente. No sea cosa que acabe confundiendo los molinos con los gigantes y acabe dando vueltas ideológicas en las aspas de los molinos, o lo que en este caso es lo mismo, las aspas de la historia.

Emilio Roger Ciurana es Dtor. de la Cátedra para la Transdisciplinariedad de la UVA.